

EL RETABLO

AÑO I.

REVISTA SEMANAL

NÚM I.



SUMARIO

PREÁMBULO

EL RETABLO, POR
MIGUEL DE UNAMUNO.

POLÍTICA. — HISPANO-AMERICANISMO E INCOMPRENSIÓN, POR PEDRO GONZALEZ BLANCO.
REFLEXIONES LÍRICAS, POR MANUEL BUENO. — EXPOSICIÓN VICTORIO MACHO. — AZORÍN Y LA CIERVA, POR M. BENLLIURE Y TUERO. — TEATROS: CARMENCITA OLIVER Y LA COMPAÑÍA ARGENTINA, POR M. G. DE CANDAMO; «LA ARGENTINA», POR M. B. — LIBROS. GRAN MUNDO, POR DOMICIANO ESTRADA

MADRID, 29 DE ENERO DE 1921.

PRECIO: 50 CÉNTIMOS

¡¡Chofer..... a Rosales!!

Gran éxito del nuevo cuadro "¿Quo vadis?,"

FRONTON MODERNO

Tarde y noche interesantes partidos jugados por señoritas.

PARISIANA (MONCLOA)

RESTAURANT. — CASINO. — VARIETES

Todos los jueves grandes bailes de trajes.

AUTOMÓVILES



AUTO PALACE
Fernando el Santo, 24. Madrid
ENRIQUE TRAUMANN

MAQUINA PARA ESCRIBIR
ROYAL
TRUST MECANOGRAFICO
Montera, 29. Madrid.

HOTEL RITZ

Jueves y domingos, Te-baile.

Miércoles, comida americana.

Lunes, comida de moda, seguida de baile.

A Equitativa dos Estados Unidos do Brazil

Sociedad mutua de seguros sobre la vida

Dirección general para España: Alcalá, 73

Madrid

Seguros de vida de todas clases
con beneficios acumulados.

*Póliza con derecho a sorteo semestral en metálico
en cualquier clase de seguro.*

Pedid prospectos aclaratorios.

Grill-Room

del

PALACE HOTEL

LA MEJOR COCINA

ITALIANA Y FRANCESA

EL RETABLO

REVISTA SEMANAL

DIRECTOR:
MARIANO BENLLIURE Y TUERO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Lagasca, 120.

GERENTE:
ANTONIO ARAGÓN DE PINEDA



M Benlliure

PREÁMBULO

Parece que es una obligación ineludible el encabezar el primer número de todo periódico con un «artículo de presentación», en el que, después de saludar respetuosa y cordialmente al público y a los queridos compañeros de prensa, se ha de dar una especie de programa-credo-inventario, es decir, algo que sea a un mismo tiempo profesión de fe, exposición de santos y plausibles propósitos, ferviente protesta de sinceridad, honradez, patriotismo, etc., etc., enumeración de galas, gracias y talentos, y, por último, formal promesa de hermanar la más exquisita cortesía con la más recia masculinidad.

Con la costumbre del saludo cumplimos muy gustosos—dénse todos por saludados—; pero renunciemos a la ridícula tarea de ir enhebrando aquí esa colección de ambigüedades, jactancias, absurdas vanidades, falsas modestias, etc., etc., que ha constituido fatalmente el artículo de presentación de la mayor parte de los periódicos. Más adelante, en el curso de nuestra vida, caeremos tal vez en más graves errores; pero, por de pronto, comencemos por apartarnos de esta primera tontería que el ritual nos pone al paso.

Claro es que nosotros también tenemos creencias políticas, santos propósitos, proyectos y hasta realidades; ¿pero a qué hablar de lo que el público ha de ir viendo y juzgando desde este mismo momento en que salimos a la luz?

Si este periódico fuese la voz de una gran empresa económica, de un poderoso partido político, de una clase social, es posible que nos creyese en el deber de exponer de antemano nuestras creencias e intenciones, para así satisfacer la curiosidad que por fuerza había de despertar nuestra aparición. Pero, como se trata de una pequeña tribuna que hemos alzado entre tres o cuatro ciudadanos con el simple propósito de lanzar desde ella nuestros juicios y pareceres, no creemos que solo este hecho pueda despertar expectación alguna. Luego, según lo que nosotros vayamos diciendo y haciendo, ya veremos si atraemos o no la atención del público.

Antes de ponernos a escribir este preámbulo hemos leído los editoriales con que hicieron su presentación algunos periódicos; y, la verdad—dicho sea con perdón de todos los queridos compañeros—, nos ha horrorizado la idea de poder incurrir en algo semejante. No; no queremos caer en una profesión de fe por este estilo: «Nosotros, en abstracto, no creemos que...; no obstante, ajustándonos al campo experimental, somos partidarios de...; mas no por esto vamos a defender sistemáticamente..., sino que... Aunque esto no quiere decir que... sino que ha de interpretarse como...»

Tampoco queremos incurrir en esas grotescas enumeraciones de galas, gracias y talentos que también parecen cosa inevitable en todo artículo de presentación. «Nuestra pluma—suele decir el nuevo periódico—será clara, elegante y burlona; no sabrá adular, no se rendirá ante el poderoso; será fiera y altiva; irá dibujando las figuras de un ensueño ideal tejido con hilos de luz. Se mostrará flamante, animosa, alegre, irónica, ágil y, al propio tiempo, grave y severa» Esta debilidad de enumerar las propias gracias puede ser excusable en una cupletista—una de esas cupletistas que nos cantan el fulgor de sus ojos, el encanto de su sonrisa, la esbeltez de su talle—, pero nos parece imperdonable en un periódico.

¿Y qué decir del consabido alarde de masculinidad? «Nosotros—se acostumbra a afirmar en los artículos de presentación—estaremos siempre dispuestos a rectificar nuestras equivocaciones, pero lo que creamos justo lo defenderemos en todos los terrenos. Nosotros no injuriaremos a nadie, pero tampoco toleraremos que se nos injurie». Hay otros que, mostrándose enemigos de esta suerte de fanfarronada, caen en otra mayor; éstos son los que dicen: «Nosotros no manejaremos más arma que la pluma. Somos enemigos de las farsas cómicas denominadas duelos. Pero no se interprete esto torcidamente: somos jóvenes y no tenemos arrugas en el corazón».

¿De qué provendrá esta manía de vociferar la propia masculinidad al comenzar a escribir un periódico? ¡Qué cosa tan necia, tan innecesaria y de tan mal gusto!

En fin: creemos que queda suficientemente explicado el por qué no queremos hacer un «artículo de presentación» al uso. Después de lo cual, y hecho ya el saludo de rigor, entendemos que no nos falta otra cosa sino empezar. Empecemos, pues...

EL RETABLO

¿El Retablo? Este nombre nos lleva al punto, por poco quijotesco y poco quijotista que seamos, al *Libro*, a nuestro *Libro*, y en él a aquellos dos maravillosos capítulos XXV y XXVI de su Parte Segunda, en que se nos habla de «la graciosa aventura del titerero»—graciosa con muy otra gracia que aquella «G. de Dios» de que se nos dice en las monedas, en torno a aquella efigie que jamás nos mira de frente—, de Maese Pedro, Ginés de Pasamonte, o según le llamaba el Caballero de la Triste Figura, el mártir del ridículo, Ginesillo de Parapilla.

Y en aquel inmortal retablo no se nos exhiben ideas, no, sino hombres. O títeres, que es lo mismo. Títeres de carne y hueso, esto es, hombres de palo. Movidos por las manos ocultas del Destino Providencia. Y en todo retablo, en todo verdadero retablo, son hombres—hombres de palo—o títeres—títeres de carne y hueso—lo que hay que exhibir. Ni una idea es nada mientras no se hace hombre. Todo hombre merecedor de serlo es «palabra encarnada», que dijo Novalis lo repetía Carlyle, el del culto a los héroes.

Nuestro psicólogo actual español, D. Miguel de Unamuno, en su ensayo «Sobre el fulanismo»—que figura en el tomo IV de sus *Ensayos*, y sirva esto de reclamo honrado y sin doblez—sostiene que un hombre, un fulano, es más idea, es idea más concreta, más rica, más comprensiva, que lo que llamamos una idea. Porque lo que importa no es ni la monarquía ni la república, v. gr., sino el Monarca y los Republicanos. Nada hay más ideal que la persona... cuando tiene personalidad. Cuando no la tiene, o cuando tiene una personalidad impersonal, no pasa de personaje.

Nuestro Don Gaiferos (v. el citado cap. XXV), el títere que hace de Canciller de este ex Vice-Imperio Ibérico, nos dice alguna vez a los demás títeres que hay que dejarse de personalismos, de cuestiones personales. ¡Y no! Porque todo lo que importa, todo lo más ideal, es cosa personal. Es el respeto a la personalidad lo que hay que salvar.

Repitámoslo una vez más. Pesa sobre España, sobre la perezosa España, una montaña-borrón—o un borrón-montaña—de todas las heridas a la personalidad, al alma humana eterna y universal, que no se han curado. Y es inútil querer soslayarlo.

Lo más grande de la Francia inmortal no ha sido su última lucha contra el imperialismo impersonal germánico, contra la horrible Máquina jerarquizada; lo más grande de la Francia inmortal, lo que preparó su última victoria, el hacer añicos el retablo imperial tudesco, fué la guerra civil del *affaire* Dreyfuss, la heroica pelea por el derecho inmortal de un individuo personal, de una persona individual. Que era todas. Porque un individuo personal es más que una corporación, más que una clase social, más que una institución

pública. Es un universo, un universo entero. Y una corporación, una clase, una institución, son partes de universo, son partidos, no enteros.

¿Y aquí, en nuestro retablo? Aquí empezó la revolución actual—más bien disolución—en 1.º de Junio de 1917. Luego se condenó injusta e ilegalmente a presidio a un Comité de huelga, y aunque vino—¡por fuerza!—una amnistía, la ilegal injusticia—injusta ilegalidad—no está cancelada. Más tarde se nombró una Comisión judicial que esclareciera los atropellos a la personalidad que el Gobierno de Don Gaiferos y Compañía, o más bien Ginesillo de Parapilla, cometió en aquel aciago y fatídico verano de 1917. ¿Se ha hecho luz?

No, sino sombra y borrón-montaña. A un diputado, al Sr. Domingo, se le escarneció en un cuartel, estando él atado. ¿Qué castigo se le ha impuesto al escarnecedor? El cual le hemos oído al mismo Sr. Domingo decir que fué un tal Loigorri (en vascuence, «buiro rojo»). Aunque puede resultar que no fué este sujeto. Como aquel otro absuelto en Burgos resultó que no fué el matador de un inocente indefenso en Bilbao, porque éste no murió de bala del revólver de aquél. ¡Y se le enterró sin hacerle la autopsia! Nosotros no le vimos morir. Y en cuanto a lo del Sr. Domingo, decimos lo que le hemos oído a éste y bajo su palabra.

¿Habrá que volver a hablar del Tribunal de honor que juzgó y condenó al coronel Márquez, y de cómo éste se fué emigrado de España con recursos que por mano del marqués de Comillas le procuró el Estado, o más bien Maese Pedro, para quitárselo de encima? Otro grano del borrón-montaña.

«¡Anarquía! ¡Indisciplinal! ¡Falta de respeto a la autoridad!» ¡Pues claro!... Autoridad tiene un sentido espiritual, personal, y otro material o real. Y la autoridad material o real no puede tener autoridad espiritual o personal mientras no sepa juzgarse a sí misma y reconocer sus propios yerros y castigarse y rectificarse. Suele haber una inexorabilidad en el yerro. D. Ramón Menéndez Pidal habló a propósito de D. Alfonso VI de Castilla de «la injusticia inexorable» de los reyes. Y de todas las instituciones que no tienen respeto alguno a la personalidad humana.

¿El Retablo? Muy bien, pero retablo de hombres—de hombres de palo—o de títeres—de títeres de carne y hueso. «Las ideas no hacen daño más que a quien las tiene»—decía Oliverio Cromwell, siendo ya Protector—especie de alguacil de parroquia, según él mismo—de la Comunidad—República si queréis—de Inglaterra, Escocia e Irlanda. Los que hacemos daño somos los hombres. Y, por lo tanto, los que hacemos bien. Y es a los hombres, a los títeres, y no a las ideas, a quienes hay que sacarnos en el retablo.

¿Personalismos? ¡Sí, amigo Don Gaiferos; sí, personalismos! Y que lo entienda Carlo Magno, el tío putativo de Melisandra, el de los cetracos, por mano de Ginesillo de Parapilla.

MIGUEL DE UNAMUNO.



AMERICA ESPAÑOLA

Hispano americanismo e in comprensión.

Es ya venerabilísimo tópico el de que a España está encomendada una misión espiritual en la América que descubrió y colonizó. Mas, de un tiempo a esta parte, no hay programa político ni ágape más o menos sonado en que falte el golpecito al parche ibero-americano. Y si la memoria no me ilude, hasta en el reciente mensaje de la corona hay una larga referencia al tema de una más amplia política en este sentido.

Mi aviso es que nada serio se logrará y que dentro de unos años hablar de hispano-americanismo incitará a encogerse de hombros, a lo que hoy nos aboca que nos hablen de la Unión Ibérica. Y, sin embargo, ese problema se agitó en España por hombres meritisimos; en Portugal por el mayor historiador de la Península.

Acaso pudiera hacerse algo en hecho de hispano-americanismo si, como decía muy concienzudamente Alfonso Reyes en una revista que pudiera ser «España», devolviéramos al problema su peculiar seriedad. Que no se diera el caso, que a diario podemos anotar, de periodistas que sitúan a la Paz en Venezuela, que inventan naciones indoeuropeas que jamás existieron, hablan como en alguna ocasión don Cristóbal de Castro de conquistar los mercados y otros tales excesos que nos sindicán de incapaces para toda acción eficiente sobre la España Ultramarina. No, no son los mercados, que — ¡ay! — pertenecen ya a los Estados Unidos. Bastarán unas cifras para convencerse de ello. América española importaba en 1913 de Estados Unidos mercancías por valor de 328 952.681 de dolares. En ese año España no figura en las estadísticas. Hasta 1916, a favor de la mayor desventura porque ha pasado la Humanidad, España aparece llevando a sus antiguas colonias menos que Francia, que alcanza la cifra de 40.543.720 de dolares y los Estados Unidos llegan a 531.000.000. Y si de los productos exportados pasamos a los recibidos, sólo hasta 1916, en que comienza la importación de trigo argentino, figura España con la cantidad de 54.297.834 y Estados

Unidos—agárrense los que se echan a soñar con la conquista comercial de la España ultramarina—con 850.606.759, siempre en dolares.

Ahora bien; si la única influencia posible es la espiritual e ideológica, para que sea efectiva necesita ser mutua. De hecho lo fué con Rubén Darío, que renovó la lírica española. De seguro lo será mañana con filósofos, ensayistas—¿podríamos olvidar a Rodó, etc?—Creo que era Michelet quien decía que la verdadera educación no va tanto de los padres a los hijos por la experiencia de los padres, como de los hijos a los padres por el afán innovador de los hijos. Y este es frente a la América española el caso nuestro. Sustituamos este sentido de protectorado por otro más humilde de comprensión. Del fondo de un pueblito de Nicaragua, que es a su vez un paisito, puede salir el más formidable elegíaco español del siglo XIX. Esto de ir por el mundo con braverías y como si todo el monte fuera orégano es achaque viejo entre nosotros. Y si eres por ventura español—dice Alemán en su *Atalaya de la vida humana*—dondequiera que llegues has de ser mal recibido... Por nuestra soberbia, siendo malquistos en todas partes, somos aborrecidos.

A esta soberbia, que cuando se planteó el problema de la unión ibérica nos hizo hartos sospechosos de anexionismo y voluntad de dominar, se une la falta de sensibilidad para los problemas remotos, signo capital de incultura. Nos falta absolutamente lo que Nietzsche llamaba el *pathos* de la distancia. Y así, cuando nuestra voz debió sonar para oponernos siquiera moralmente a los avances del imperialismo boreal en la América ítmica, o cuando sobre el resto de ella ejercieron los Estados Unidos opresiones que implicaban verdaderos actos tutelares, nos hemos callado. Pero esta y otras materias son para tratadas más despaciosamente.

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO

EL RETABLO

APARECE TODOS LOS SÁBADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

LAGASCA, 120

Exclusiva de venta: La Sociedad General Española de Librería.

Una encuesta de "El Retablo,"

EL RETABLO, enemigo de lirismos y de viejos tópicos, consagra una de sus páginas a la vida de relación entre España y los jóvenes pueblos de América. Con ello pretende dar a esa vida de aproximación e intercambio un contenido real que responda a las necesidades actuales.

Toda la exaltación del alma hispana hacia las recientes repúblicas del Nuevo Continente, ha venido produciéndose en actos retóricos y discursos soporíferos; las instituciones consagradas a afirmar los vínculos de fraternidad se han esterilizado en un verbalismo ineficaz. Los hombres titulados hispano-americanistas han buscado una plataforma y un reclamo en la propaganda, y los grandes actos de afirmación americanista han adolecido de lamentable teatralidad.

EL RETABLO, convencido de que la expansión de nuestra vida internacional tiene como Centro de gravedad América y de que es preciso afirmar nuestro sentido racial en el mundo para incorporar a la civilización universal las riquezas del espíritu español, pretende recoger en sus columnas las palpitaciones de los pueblos hispano-americanos.

Respondiendo a ello, nuestra revista, se hará eco de todas las inquietudes que en los órdenes intelectual, político y comercial sientan nuestros hermanos de América y procurará dar a esta sección un sentido realista y práctico que garantice la eficacia.

Es preciso que nos connaturalicemos con los escritores, los artistas y los universitarios hispano-americanos, que nos interese por la vida económica de esos pueblos, que sintamos sus problemas políticos y que vayamos preparando para lo porvenir el bloque hispano-americano que haga pesar su valor en las decisiones del mundo internacional.

Creemos utilísimo comenzar por recoger las opiniones de las ilustres personalidades que ostentan la representación diplomática de las repúblicas americanas.

El insigne representante de Chile, señor Fernández Blanco, nos ha ofrecido honrar el próximo número con unas cuartillas de indudable interés por el alto valor intelectual del distinguido diplomático y por la viva actualidad representada por el viaje cordial de nuestra misión a su bello país.

Después publicaremos trabajos interesantísimos de los demás ministros acreditados en Madrid y originales de escritores americanos y españoles preocupados por los grandes ideales de aproximación e intercambio.

Creemos sinceramente realizar un fin patriótico al iniciar esta campaña que puede ser, en estas horas sombrías, fecunda para los intereses nacionales del porvenir. Y no sólo es misión para la Prensa laborar para el presente sino ir mediante una acción continuada de propaganda y de cultura engendrando un futuro más luminoso y más humano.



REFLEXIONES LÍRICAS

La vida de Usandizaga fué un corto ensueño poético, que las Parcas inexorables tuvieron la crueldad de interrumpir a destiempo. Era un temperamento apasionado y melancólico, que se retraía por timidez nativa del trato social y se aislaba en el oasis del canto interior. Su breve juventud fué un himno a la naturaleza. ¿Qué le reservaba el porvenir?

Tras de los frutos agraños y, sin embargo, delicados de su inspiración, ¿vendría la obra razonada y plena de la madurez? ¿Qué inéditos tesoros líricos se ha llevado el joven artista a la tumba? Es un misterio en el que podemos penetrar por la puerta de las conjeturas. A lo mejor, un artista se agota en su primer esfuerzo creador. Otras veces, sus primeros paseos suelen ser como los tanteos que hace un ave para enrejar sus alas. ¿En cuál de los dos estaba Usandizaga? Difícil es el pronunciarlo. Yo creo, a pesar de todo lo que se ha dicho del "virtuosismo", del joven maestro, que en él predominaba la llama genial sobre el talento ponderado y sereno. Hay hombres que llevan en su sensibilidad todo el universo en sonidos. Wagner fué uno de esos hombres. En otros, como Goethe, el mundo se refleja en ideas. Para Velázquez, ¿qué es la tierra, sino una sucesión de colores? Y en todos ellos la naturaleza re-nueva el milagro de la abeja, que nos devuelve en miel la savia florida con que se alimenta. De Mozart se ha dicho fundadamente, que ni tuvo infancia ni juventud. Nació maduro, como si en una existencia anterior hubiese gestado su obra varia, multiforme y magnífica. ¿Hay derecho a levantar a Usandizaga a aquella altura? Sería una temeridad. Siempre que muere prematuramente un artista, la compasión de sus admiradores exagera las líneas de su personalidad. La ráfaga de melancolía que levanta su evasión de la tierra, presta a su obra un no sé qué de sagrado que aleja del espectador frío toda intención de criticarla. No vea, pues, el lector en estas consideraciones nuestras un ensayo de disección artística. También nosotros somos de los contagiados de aquella piedad que renuncia a analizar y se contenta con aplaudir. Pero, ¿cómo intentar un estudio de la personalidad de Usandizaga sin invadir, aunque sea respetuosamente su obra? "Las golondrinas", fué la revelación de un temperamento musical rico en melodías, pero de escaso brío dramático, lo cual hace sospechar que, andando el tiempo, Usandizaga hubiera concluido por alejarse del teatro, reclusándose en la música "di camera". Este reparo que le ponemos no le empuja. Por el contrario, exalta su personalidad a la categoría de los elegidos. Queremos decir, pura y simplemente, que el artista no se subordinaba con facilidad a las exigencias de un libreto. Su inspiración independiente como la onda, rebasaba impetuosa la línea de demarcación de la playa. Se le veía, además, una absoluta incapacidad de apoderarse de aquellos fragmentos prosaicos, frecuentes en

la zarzuela, porque hacen relación a cosas vulgares, como si los considerase indignos de ser ennoblecidos por el decoro musical.

El arte de Usandizaga, no obstante su fuerza de encanto, tampoco tenía el valor descriptivo que advertimos, ponga por caso en la "Pastoral", de Beethoven y en ciertos pasajes de Debussy. No era su música una evocación de realidades externas, obtenida mediante efectos de color, sino un desahogo sentimental, una torrentera de confidencias que adoptaban la forma lírica para exteriorizarse. José María Usandizaga era, a mi juicio, un romántico de la estirpe de Schumann, sin el refinamiento del maestro alemán. A ratos, la gracia de su inspiración recuerda las mejores cualidades de Frascua de Lozano y de impersonalidad poética de Grieg. Pero no olvidemos que se trata de un muchacho, casi de un niño, que no nos había dado todavía más que un anticipo de su obra futura. El destino ciego no ha permitido que se revelara en toda su plenitud. Como Arriaga, el compositor vizcaíno, ha muerto casi en la adolescencia; como un ruiseñor al que sorprendiese una nevada en pleno bosque. ¿Qué le reservaba el teatro? Temo que grandes decepciones.

Un gran músico catalán, el maestro Morera se asomó a la escena en Madrid, y al advertir a qué costa se obtenía el éxito, su desencanto y su repugnancia fueron tan hondos, que se ausentó definitivamente del teatro. Y, sin embargo, Morera superaba por la talla genial a Usandizaga. Tenía más talento que el compositor vasco y estaba más cuajado que él artísticamente. El maestro Chapí le admiraba y Amadeo Vives me decía de él hace tiempo:

—El único de nosotros capaz de hacer música "di camera", con elevación, es Morera.

¿Qué hace Morera actualmente? ¿Por qué dura tanto su retraimiento? Es un misterio. Yo recuerdo haber oído un "languetto", del maestro catalán, que hizo decir a Manuel Manrique de Lara, nuestro ilustre crítico musical:

—Esto no es inferior a la mejor página de Haydn...

Pero lo más frecuente suele ser que nuestros músicos, acuciados por la vida, degraden su arte en el teatro, que es el medio más propicio a las concesiones y a las habilidades. ¿Por qué no se elevó a grandes alturas aquel artista admirable que se llamaba Ruperto Chapí? Sencillamente por eso: por haberse puesto a nivel de sus libretistas, por haber condescendido con el público. De tarde en tarde experimentaba, sin embargo, el maestro la nostalgia de lo que pudo haber sido su vida de compositor, y entonces nos daba una obra de concierto de una variedad de motivos internos y de una gracia poética, que nuestro público reía, entonces, impotente para apreciar su novedad lírica. ¿Por qué no ha trascendido la música de Chapí, la selecta, la "di camera", al extranjero? Los franceses, que están tan cerca de nosotros, nos han desdeñado tanto en ese sentido como literariamente. Mientras un Bizet y un Chabrier venían a España a espiigar en el campo del "folklore", musical, los cenáculos de París aparentaban ignorarlo. Francia, como todo país que ha dado excesivo predominio a la razón sobre la fantasía, ha sido para la música un pueblo poco fecundo. Fuera aparte César Franck, que es un tempe-

ramento a la alemana, y descontando la obra más intelectual que jugosa de Berlioz, puede decirse que el caudal lírico francés es bien mezquino, lo cual no se opone a que nuestros vecinos se envanezcan de tener en Vicent D'Indy un remedo de Wagner, y en Debussy un trasunto de Mozart; apreciación tan desproporcionada con la realidad que hace reír.

En España se nota ahora un interesante renacimiento musical, que quizás alcance, si el público le presta atención, grandes vuelos. Nuestros artistas líricos se han orientado sanamente buscando los motivos de su inspiración en el pueblo. Estos artistas—hablo de los Turina, los Falla, etc.; muy pocos en junto—parecen renunciar provisionalmente al éxito del teatro, que obtienen siempre mediante concesiones al mal gusto social. Quienen imponerse en el concierto. Por ahora se contentan con influir sobre esas reducidas minorías de iniciados que existen en todas partes, que tienen la sensibilidad educada al calor de Beethoven, Schumann, Mozart y César Franck; minorías que equivalen a las vanguardias espirituales del gran público. Periódicamente se hacen aplaudir de esos grupos y los ganan a su causa. ¿Vendrá de ellos, andando el tiempo, el renacimiento de la música española? Los síntomas autorizan a esperarlo. Yo no he creído nunca, por ejemplo, en el Sr. Serrano, autor de "Gonzalo de Córdoba", ni mucho menos en Tomás Bretón, que es un carpintero que se sirve del pentagrama como de la garlopa. De ahí no puede venir nada más que vulgaridad. El único gran músico de su generación que hemos tenido fué Ruperto Chapí; es decir, el único artista con las alas bastante robustas para remontarse sobre la vulgaridad. Bretón es un laborioso que ni siquiera ha coqueteado con el genio. Es el representante de una burocracia musical, que arranca de Gaztambide y Oudrid continúa en Arrieta y viene a rematar en Rafael Calleja y Pablo Luna, infatigables proveedores líricos de la musa popular.

Entre esas ramplonerías que aplaude nuestro público, descuella con luz propia Amadeo Vives, cautivo, sin embargo, como Chapí, de las exigencias de la vida; acosado de usureros, enristecido de haber arrastrado la púrpura de su talento en el estercolero de la vulgaridad...

Manuel BUENO

Exposición Victorio Macho

El martes 25 se inauguró en las salas que en el Museo de Arte Moderno ha habilitado para exposiciones su actual Director, la exposición de las obras del escultor Victorio Macho. Victorio Macho es uno de nuestros jóvenes escultores que con mayor elevación y autoridad laboran en el difícil campo del arte. Diez años de trabajo están representados en la actual exposición por una serie de dibujos, bocetos, bustos y sus últimas obras de composición que acusan una personalidad ya formada, de la que la escultura española puede esperar grandes obras. Diversas influencias se notan en él, pero siempre domina una concepción muy personal de la forma y un espíritu tradicional que arranca de la buena época de nuestra escultura en madera.

En nuestros próximos números hablaremos de esta Exposición con el detenimiento que merece.

AZORÍN Y LA CIERVA

El amo.

Siempre me ha parecido inexplicable el que con «la pobreza, con la indigencia mental» (justos calificativos empleados por Indalecio Prieto) de D. Juan La Cierva, fuera posible, no digo ya formar un partido político, sino ni siquiera hacerse escuchar. Pero lo que ya llega a lo superabsurdo, a lo superinverosímil, es el nuevo encumbramiento de que ha sido objeto desde el período preelectoral ese torvo personaje. Y una de las particularidades más sorprendentes del caso es que un periódico como *El Sol*, que se dice radical y que generalmente ha demostrado serlo, haya sido el que más ha contribuido a tal encumbramiento. Claro es que *El Sol* ha ensalzado a La Cierva tan sólo por atacar a Dato. Pero de ningún modo puede admitirse esta disculpa, pues no hay una sola figura en la política española, cuya eliminación valga por el encumbramiento del Sr. La Cierva. Al político más inepto, más funesto, sería necesario tolerarlo en el poder, si para derribarlo fuera indispensable elevar un sólo centímetro a don Juan La Cierva.

El siervo.

Al mirar a La Cierva, forzosamente hemos de reparar en un pardo y silencioso personaje que le sigue siempre sumiso y cabizbajo, simulando albergar profundos pensamientos; me refiero, claro está, a Azorín. Azorín sigue a La Cierva como un siervo a su señor. No son dos amigos que se estiman y respetan, dos hombres unidos por una misma fe, ni siquiera el jefe y el subordinado, el maestro y el discípulo, no; son el amo y el servidor. Para convencerse de cuán cierto es lo que digo, le hubiera bastado a cualquiera con presencia la siguiente escena: en un salón del Ateneo, sentado entre un grupo de ateneístas, está D. Juan La Cierva esperando la hora de pronunciar su conferencia—¡aquella grotesca conferencia!—; entra Azorín, tímido, azorado, como si viniera de llevar un encargo del amo y temiera que éste le regañase por haber tardado demasiado; los ateneístas se levantan respetuosos al entrar Azorín; La Cierva prosigue su conversación sin levantarse, ni siquiera dirigirle una mirada; Azorín avanza trémulo, algo ruborizado, y se atreve a balbucear unas palabras frente al señor, el cual continúa sin querer reparar en él; alguien invita a Azorín a sentarse junto a D. Juan; Azorín rehúsa conmovido, retrocede hacia el fondo de la habitación, no se atreve a tomar asiento a la diestra del amo, le parece un honor excesivo. Fué una escena que produjo lástima y repugnancia, que enrojeció a todos menos al amo.

No existe antagonismo.

Mucho se ha comentado el ciervismo de Azorín, y siempre en tono de asombro. Los comentaristas no aciertan a explicarse cómo pueden convivir una exaltada e idólatra admiración por La Cierva y el gran talento que le suponen a Azorín. Verdaderamente, el problema así planteado es insoluble. Recuerdo que Araquistain trató una vez este asunto—aunque de pasada—en un artículo de *La Voz*, y fué inútil toda la fuerza argumental del inteligente articulista—fuerza que casi siempre nos

ha arrastrado—para verter la menor claridad sobre el problema.

Yo me atrevo a confesar—no sin cierto temor—que tal problema nunca ha existido para mí, debido a que de los dos términos que se trata de conciliar—el talento de Azorín y la indigencia mental de La Cierva—hay uno en que jamás he creído, y otro, en cambio, cuya existencia se me impone con imperiosa objetividad.

Creo que el ciervismo de Azorín es algo que no arraiga más abajo de la epidermis. Con lo cual no quiere decir que sea insincero, que lleve debajo otra ideología, sino que todas las creencias de Azorín tienen, a mi sentir, idéntica falta de raigambre. Creo que el anarquismo de los primeros años literarios de Azorín y su actual ciervismo son algo prendido a flor de piel, algo que no corresponde a una ideología y a una sentimentalidad profundas. Ahora bien; aquel anarquismo podía tomarse a primera vista como planta de profundas raíces, pero al ciervismo de hoy no hay modo de suponerle la menor raigambre.

No me asombra lo más mínimo el que Azorín sea ciervista, sino que le creo digno cantor del cacique murciano. Es decir, que dados los términos CIERVA, AZORÍN, POLÍTICA, LITERATURA, no creo que sea necesario aumentar mucho el término AZORÍN para que resulte exacta la siguiente proporción: CIERVA : POLÍTICA :: AZORÍN : LITERATURA.

—[Eso será una opinión de usted!—se me dirá despectivamente.

Claro que es una opinión mía, y como tal la expongo, sin aspirar a convertirla en artículo de fe. Todo lo que se dice sinceramente no es sino la opinión de los que lo dicen. Ahora bien; al exponer y razonar nuestras opiniones tratamos en cierto modo de objetivarlas, esto es, de darles una existencia independiente de nuestro parecer, un valor que les permita vivir fuera de nosotros. Tal pretensión, considerada en un terreno puramente metafísico, nos aparecerá siempre con la misma legitimidad; pero en la práctica hay casos en que nos aparece como absurda y grotesca, esto ocurre cuando la opinión que se pretende objetivar está en contradicción con otra que se ha impuesto de tal modo a todas las conciencias, que es forzoso suponerle una objetividad, aunque filosóficamente no se la podamos conceder. Pero son muy pocas las creaciones humanas, cuyo mérito se impone con esta clase de objetividad—*El Fedón*, *Las Lanzas*, *El Quijote*, *La novena sinfonía*...—y no creo que la obra de Azorín se encuentre entre tan reducido número de creaciones. (Perdonadme el que haya intercalado esta breve digresión filosófica y aceptadla como disculpa de lo que en el presente artículo pueda pareceros irreverente o jactancioso.)

Al través del derribo.

En el movimiento crítico realizado por la generación llamada del 98, no todo fué derribar seudovalores y elevar valores, sino que también hubo mucho de lo contrario; cosa inevitable en todo movimiento iconoclasta. Aquellos revisionistas estaban tan absortos en su manía de derribar que todo les parecía bueno para llenar los altares que iban dejando vacíos. Sólo aplicaron su crítica severa a lo que estaba encumbrado, y apenas repararon

en lo que iban encumbrando. Así derribaron a Echegaray para encumbrar a Benavente; a Echegaray no quisieron reconocerle ningún talento; le llamaron viejo idiota, y a Benavente, en cambio, lo colocaron junto a Shakespeare.

A mi sentir, Azorín y Benavente son los dos tipos más representativos de los seudovalores exaltados por la generación del 98. A Azorín le bastó un ligerísimo barniz de sensibilidad literaria—barniz que olía a novedad, a novedad barata—para que se le encumbrara sin tino ni medida. El paraguas rojo, Pepita, Lolita, D. Pascual..., la constante repetición del «yo», la pequeña trivialidad—que no es lo mismo que el matiz—las cláusulas cortas, el pseudónimo...; y he aquí constituida la personalidad de un maestro llamado a encauzar el pensamiento y la sensibilidad de las nuevas generaciones. No creo que haya en el «pequeño filósofo» mucho más de lo que acabo de enumerar; basta con escarbar un poco para convencerse de ello.

No me propongo hacer una revisión de la obra de Azorín, esto requeriría un tono que no puedo ni quiero adoptar. Pero ya que me he atrevido a emitir una opinión que pugna con la de la mayoría, me creo en el deber de razonarla un poco, aunque sólo sea por cortesía.

El reto.

Ya he dicho desde el principio en qué estriba mi poco aprecio por la labor literaria de Azorín: en que la creo falta de raíces, es decir, vacía de pensamiento y emoción.

¿Cuál es la ideología y la sentimentalidad de Azorín?

Para intentar contestar a esta pregunta, para hacer ver que no existe tal ideología y tal sentimentalidad, nada mejor que tomar como punto de partida el ciervismo de Azorín.

Chesterton comienza su libro *Ortodoxia* diciendo que es la respuesta a un desafío, es decir, a unos artículos en que se le retaba a que expusiera su teoría cósmica. «*Válgale esto*—dice a continuación refiriéndose a su libro—*por única excusa, ya que hasta un tiro fallado se ennoblece si se dispara en duelo*». A Azorín se le había retado muchas veces a que explicara fundamentalmente su ciervismo, explicación que no podía consistir en otra cosa, claro es, que en la exposición de toda una teoría cósmica, pues es indudable que una teoría política ha de sustentarse sobre una sociología, y la sociología sobre una ética y una metafísica; el «pequeño filósofo» contestó a este reto con su libro *Un discurso de La Cierva*. Es forzoso reconocer que el libro de Azorín, aunque fallado, se ennoblece por estar «disparado» en duelo.

He aquí una inusitada y elevada nobleza. No es frecuente entre los personajes que circulan por nuestros campos políticos el creerse obligados a aceptar esta clase de desafíos. Pero a Azorín se le reta a que muestre las raíces de sus creencias políticas, y él acepta el reto. ¿Que luego no logramos ver tales raíces? Mas no es porque Azorín no quiera mostrárnoslas, es porque no existen. Azorín alza noblemente la capa de su ciervismo y nos deja ver lo que hay debajo: el vacío absoluto.

MARIANO BENLLIURE Y TUERO.

(Continuad.)

Espectáculos

ESLAVA

Debut de Carmencita Oliver.

Hemos asistido a un espectáculo interesante. Se trataba de la aparición en la escena del teatro de Eslava de una artista precoz: Carmencita Oliver y Cobeña, hija del autor de *Los semidioses* y de la Carmen Cobeña, la ilustre actriz.



Aplaudimos con gusto a la muchacha, que es avispada y que posee una figura agradable de bella adolescente. Nos muestra en sus quince años una intuición sentimental que más nos encanta precisamente cuando más se extraña, y que más que en los aciertos nos atrae en las vacilaciones,

en las indecisiones, en los momentos de duda. Hay en el espíritu de la cómica niña una simpática curiosidad. Y gracias a esa curiosidad, nos ofreció una primorosa interpretación de la protagonista de *La boba discreta*.

Realmente estuvo admirable. El personaje resultó primorosamente estudiado; la voz, tan pueril, matizó con extraordinaria gracia los versos de Lope, y fué en cada caso la que convenía: desgarrada y áspera en los desatinos y noblemente entonada después de la transformación determinada por el amor. El papel es de ingenua, y una «ingenua» es la que conviene que lo

represente. En muchas ocasiones lo han representado actrices ya muy alejadas de la edad del candor, y entonces nos parecía que estábamos presenciando una reconstrucción histórica. Y en las reconstrucciones históricas son más fáciles las que se refieren a lo puramente externo, indumentaria, arquitectura, etcétera, que aquellas otras relativas a la psicología de un ser humano o de un pueblo.

Carmencita Oliver Cobeña no tiene por qué acudir a la arqueología. Le basta con expresarse tal como ella siente y piensa en una expansión de alegría, de ligereza y de movilidad. Y así logra convencernos y nos procura la impresión de un estudio y de un trabajo que no necesitó realizar. Todo espontaneidad, libre movimiento del espíritu, entusiasmo sin sombras, ilusión que no teme a la melancolía, paso firme hacia una vida luminosa y riente...

Así se nos mostró Carmencita Oliver. Fray Félix le prestó las palabras; ella las aromó de juvenil y anhelosa poesía.

Buen maestro es amor y buen maestro es Fray Félix en arte... y en amor. Y esta muchacha, toda apasionamiento artístico, en su iniciación, que aspira a ser acertada

intérprete de Lope, aspirará algún día a ser la mejor intérprete de Muñoz Seca? ¡No lo permitan los dioses!

BERNARDO G. DE CANDAMO

PRINCESA

La compañía argentina

Nos ha visitado la compañía argentina de Camila Quiroga. Durante su actuación en el Teatro de la Princesa, hubo un desfile de comedias de autores hispano-americanos; se pretendía demostrarnos que existe un «Teatro nacional argentino». Y, si hemos de decir verdad, no se nos comprobó suficientemente que semejante «teatro nacional» exista. Y es muy difícil que exista.

Hay una primordial razón de ambiente. Cuando se nos conduce por los dramaturgos argentinos o por el uruguayo Florencio Sánchez a contemplar un cuadro rural, tenemos la impresión de que asistimos a la representación de un drama de Guimerá o de Feliú y Codina, *hablado* en un diálogo compuesto en casi su totalidad de vocablos españoles arcaicos. (Este aspecto del arcaísmo en el lenguaje argentino ya lo advirtió Unamuno). Y es tan poco lo privativo, lo característico en lo que a las costumbres se refiere, lo diverso de lo nuestro que se nos pone ante la vista, que sólo nos preocupa la mayor o menor habilidad con que esté llevado a la escena.

Cuando no es campesino el drama en cuestión entonces nos interesa menos aún, porque reproduce ese cosmopolitismo frívolo e insustancial que podría calificarse de cosmopolitismo de gran hotel. Hay mucho de «hall» de gran hotel en esas figuras procedentes de diversos lugares y reunidos por la voluntad de un autor dramático sobre un escenario.

Las novedades, pues, que nos trajo la Compañía de Camila Quiroga fueron escasas. Las obras de Florencio Sánchez, el desdichado y gran artista nos eran conocidas en el libro y una, *Los Muertos*, por la primorosa interpretación que de ella hizo nuestro admirable Tallaví. También fué primorosa la interpretación que Camila Quiroga ha dado ahora a *Barranca abajo*, y a *En Familia*, del genial dramaturgo del Uruguay.

En la mayoría de las obras que representó la Compañía argentina, es preciso hacer constar que los actores superaron la labor de los comediógrafos.—C.



«La Argentina»

Podemos afirmar que Antonia Mercé es nuestra única bailarina que realmente merece el nombre de artista.

Acaso parecerá tal afirmación un tanto exagerada existiendo Pastora Imperio «La Argentinista», la Esparza, etc., etc. Pastora Imperio, consagrada casi exclusivamente al cuplé, y ya en el ocaso, en un ocaso todo amaneramiento, apenas si llega a recordarnos sus tiempos gloriosos. En cuanto a «La Argentinista», nos parece, comparada con «La Argentina», lo que una pianola eléctrica junto a Sauer...

¿Otras bailarinas? Las hay, sí, que tienen un cierto mérito indiscutible, pero ninguna llega a producirnos una verdadera emoción estética.

No queremos significar con estas comparaciones que el valor de «La Argentina» estriba tan sólo en el poco arte de sus compañeras; muy al contrario, creemos que es una artista genial, aun comparada con las primeras figuras de otros artes superiores.

Inefable armonía, elegancia, gracia, riqueza de matices... todo esto y otras muchas cosas inaprehensibles hay en el baile de Antonia Mercé. Pero lo que más nos sorprende es su milagroso poder de expresión. Sus ojos, su boca, su talle..., todo llora, ríe, implora, amenaza... todo se ciñe al fluir de la corriente de emociones sugerida por la música.

Inútil pretender evocar con metáforas la danza de Antonia Mercé; sería necesario comunicar al idioma toda la movilidad, la fluidez y la cohesión de un poema musical; contentémonos, pues, con repetir que nos ha producido una pura y elevada emoción estética.

En estos momentos en que los teatros están casi vacíos de arte, nos ha sido doblemente grato el poder aplaudir el maravilloso arte de «La Argentina».

M. B.





En este periódico no tenemos crítico de libros—como no lo tenemos de arte, ni de teatros, ni de nada—. Unas veces el comentario bibliográfico aparecerá hecho por la Redacción, otras irá firmado por algún redactor y otras llevará la firma prestigiosa de alguno de nuestros colaboradores. Algo de esto sucederá también en las demás secciones del periódico.

¿Por qué la misión de comentar libros ha de estar encomendada exclusivamente a un redactor, siendo así que puede haber libros que no le sugieran ningún comentario y que a otro, en cambio, se los sugieran muy sabrosos?

Siguiendo el procedimiento que nos hemos propuesto se dará el caso, claro está, de que el mismo que comente hoy un estreno comente mañana una exposición de pintura y pasado mañana un libro y al otro día un acontecimiento político. Lo cual podrá parecer a primera vista una presunción de saber enciclopédico; pero no es nada de esto, sino todo lo contrario. De haber en algo pre-

sunción de saber enciclopédico, la hay más en ejercer el cargo de crítico de libros que no en comentar indistintamente esto o aquello. Una novela de Pedro Mata, un tratado de Psicología de Hoffding y un estudio filológico de Menéndez Pidal, es algo tan heterogéneo, por lo menos, como una comedia de Felipe Sassone, un cuadro de Romero de Torres y una entrada o salida de D. Melquiades Alvarez en el cercado monárquico. Del que se adjudica el título de crítico de libros—aunque sólo sea de los llamados literarios—tal vez pueda pensarse que presume de tener profundos conocimientos de todo lo divino y humano, puesto que esos libros versan sobre todo lo divino y humano; pero no se puede pensar lo mismo del que ofrece comentar indistintamente esto o aquello, pues este último viene a decir tácitamente que de todo lo que desfile ante él—literatura, arte, política...—, tan sólo escribirá sobre aquello que, por entrar en la esfera de sus conocimientos o por herir o halagar su temperamento, le sugiera espontáneamente algún comentario.

Claro está que hay cosas—por ejemplo la música y las artes plásticas—cuya crítica requiere una especialización, debido a que el conocimiento de su técnica supone un particular estudio; se pue-

de ser muy aficionado a la música y desconocer en absoluto su técnica; pero aun en estos casos mismos puede ser interesante el alternar la opinión del técnico con el comentario del simple aficionado, puesto que esas obras de arte no se producen exclusivamente para los técnicos. Y en cuanto a la literatura, se ha de suponer que no ignora su técnica ninguno de los que se dedican al periodismo.

De ahí el que nos parece absurda—es una modesta opinión—la costumbre que hay en los periódicos de encomendar exclusivamente a un redactor la crítica de libros. Creemos que los libros que llegan a la Redacción debieran abandonarse a todos los redactores y colaboradores para que cada cual comentase el que quisiera, aunque así se diera el caso de que sobre un mismo libro se publicaran diversas críticas y sobre otro, en cambio, no se publicara ninguna.

Claro es que esto sería conceder gran importancia a los libros, cosa que no se acostumbra en los periódicos.

No nos explicamos por qué se ha de comentar hasta la última tontería que cualquier ex-ministro dice en el pasillo del Congreso, y en cambio ha de quedar sin comentario—o con brevísimo comentario—la mayor parte de la producción libresco.

GRAN MUNDO



aceptar tu proposición. Y para demostrarte el interés y celo con que me encargo de este trabajo, voy a darte cuenta de los preparativos y proyectos que ya tengo hechos.

Ante todo, he querido documentarme sobre el asunto de que voy a tratar; es decir, he querido proveerme de una preparación teórica, y con este fin he leído detenidamente a nuestros principales cronistas de salones. Esta literatura ha logrado, por de pronto, despertarme una gran curiosidad por conocer el «Gran Mundo». Te explicaré. Yo veo que un paisaje, o una obra de arte, o un gran hecho histórico, motivan páginas literarias muy distintas, hasta opuestas; una misma cosa puede motivar literatura cómica, filosófica, sentimental, etc., etc.; pero esto del «Gran Mundo» debe ser algo extraordinario, algo muy definido y acusado, cuando inspira siempre la misma literatura, esa literatura que destila merengue y cursilería.

¿Por qué ningún cronista de salones podrá libertarse de esta cursilería? No puedo creer que el «Gran Mundo» sea tan ridículo, tan cursi como lo describen sus cronistas. Yo,—aunque ni en mi juventud, ya un poco lejana, fui mundano,—algo he visto del «Gran Mundo», y, la verdad—lo digo sin asomo de adulación—, así, a primera vista, de pasada, no me ha dado tanta impresión de cursilería y tontería como una Revista de salones. ¿Será entonces que la cursilería está únicamente en los cronistas? Pero, si así fuera, habría entre ellos alguna excepción. (No puedo contar como una excepción a nuestro amigo «El Duque de El», pues éste ha tenido el talento de que sus crónicas tan sólo tengan del «Gran Mundo» el título).

Aunque todavía no puedo discutir sobre datos experimentales, se me ocurre aventurar una solución de este primer problema que se me ha planteado al leer las crónicas de salones. Puede muy bien suceder que el «Gran Mundo» de por sí no sea tan cursi, y que, no obstante, el hacer literatura sobre él conduzca forzosamente a la más exaltada cursilería; el hecho de

Querido Mariano:

Al leer el comienzo de tu carta creí que se trataba de una broma, pues nada tan ajeno a mi temperamento y aficiones como el género de colaboración que me pides para EL RETABLO. Pero los razonamientos que luego me haces, no solamente me han demostrado que hablas en serio, sino que me han convencido de que debo

que la señora X invite a sus amistades a comer, y que luzca en la comida un traje verde o amarillo, no puede denominarse propiamente cursi; pero el querer hacer de este hecho, tan insignificante y vulgar, algo extraordinario, es ya lo cursi y ridículo. Es lo mismo que esos escritores que consumen toda su literatura en torno a la taza de té, los cigarrillos egipcios, la manicura, los zingaros, el perfume de «Coty»... El tomar té, fumar cigarrillos egipcios y cuidarse las uñas no es de por sí cursi ni elegante; pero el adoptar esto como eterno tema literario me parece sobradamente grotesco.

Otra cosa que me ha tenido muy preocupado ha sido el buscar un seudónimo. Se me han ocurrido muchos; pero todos los he desechado. Tratándose de elegancias y refinamientos, el primer nombre que se me ha venido a la memoria ha sido «Petronio»; pero lo he rechazado en consideración a mi figura y mis años... Luego se me han ocurrido otros muchos: «El Conde de Cagliostro», «El Marqués de Bradomin», «La Dama de las Camelias», «Manon», «Ninon», «Colombina»; pero está todo esto tan manido. En suma: que, después de mucho pensarlo, he decidido usar mi verdadera firma.

Y, para terminar, quiero hacerte varias advertencias que considero importantes:

1.^a Al principio no podré ver el «Gran Mundo» sino en los sitios que son de libre entrada—el Ritz, el Palace, los teatros...

2.^a Mis crónicas carecerán probablemente de valor informativo; pues dada mi ignorancia en la materia, tal vez no repararé en cosas que tengan mucha importancia en el «Gran Mundo», y quizás repararé en otras que carecerán en absoluto de importancia.

3.^a La lectura de los cronistas de salones me ha hecho pensar ya en algunas innovaciones que pueden introducirse en el género; pero sobre esto no puedo adelantarte nada.

4.^a Aunque... *ya conocéis mi torpe aliño indumentario...*, y aunque ni mis años ni mi figura me permiten evolucionar hacia el «dandynismo», yo te prometo que no haré un mal papel.

5.^a No puedo anticiparte qué carácter tendrán mis crónicas, pues no sé qué efecto me producirá el «Gran Mundo». Tú has solicitado mi colaboración como cronista de salones, precisamente por ser este género tan opuesto a mi temperamento; has pensado que así mis crónicas, a falta de otro mérito, tendrán el de no parecerse a las de mis nuevos compañeros. Pues bien; debo advertirte lealmente que tal vez salgas defraudado en tus esperanzas, pues es posible que la característica de ese «Gran Mundo» sea tan fuerte, tenga tal poder de asimilación, que la segunda de mis crónicas se titule: «Cartas a Fifi» o «Al compás de un fox-trot».

Y nada más. Dispón de tu buen amigo,
DOMICIANO ESTRADA.

Imprenta de Mario Anguiano: Bola, 8.—Madrid.